

## *El método biográfico y los géneros de la memoria*

Joan J. PUJADAS  
Universidad Rovira i Virgili

El universo de la escritura etnográfica ocupado por la transcripción de los relatos biográficos, la elaboración de historias de vida, la edición de autobiografías o el uso de los documentos personales, nos remite a un campo transdisciplinar en el que confluyen las corrientes humanistas de diferentes disciplinas: la historia social, la sociología, la psicología social y la antropología social. Es indudable que existe en las ciencias sociales una especie de ley del péndulo, que se manifiesta en forma de escuelas y tendencias que, en diferentes momentos, suponen el predominio de sensibilidades y enfoques de carácter positivista o humanista. La revitalización de los *enfoques humanistas* en las ciencias sociales a lo largo de las últimas dos décadas puede ser interpretada como una reacción frente al papel hegemónico de las *perspectivas positivistas* durante un largo período, que va desde los años 40 a los años 70.

La recuperación y gran auge del método biográfico en estos últimos veinte años forma parte de la revalorización del actor social (individual y colectivo), no reducible a la condición de dato o variable (o a la condición de representante arquetípico de un grupo), sino caracterizado como sujeto de configuración compleja y como protagonista de las aproximaciones que desde las ciencias sociales se quiere hacer de la realidad social. Se trata de una ruptura epistemológica que conduce a los científicos sociales hacia aproximaciones a unas fuentes de conocimiento social que llevan aparejada la voluntad de profundizar en lo que las personas y los grupos hacen, piensan y dicen con la finalidad de ensayar interpretaciones de la realidad a partir de la subjetividad individual y grupal, más que a través de sofisticadas y deshumanizadoras reglas metodológicas que, a menudo, instrumentalizan la realidad social para dar salida a una realidad autoconstruida y cientifista.

Durante décadas se ha tildado al *humanismo metodológico* de anticientífico, de subjetivista, y se le ha acusado de no ser capaz de encontrar explicaciones para el análisis de realidades complejas, especialmente en una época en que la realidad política y económica y la representación científica de esta realidad ponen un énfasis especial en la globalización y en las conexiones transnacionales y en los procesos de homogeneización cultural. Mientras los poderes mediáticos y mercantiles «globales» consolidan su hegemonía con un discurso universalista y unidireccional (es decir, etnocéntrico) aparece una reacción que se ha llegado a denominar *síntoma biográfico*, entendido como el interés creciente «por los procesos de la memoria individual, grupal y colectiva», una voluntad de rescatar «las historias particulares (de género, de clase, de país, de linaje) [que] tratan de abrirse paso a través de los discursos canónicos de la historia» (Marinas y Santamaría, 1993:11).

## HISTORIA ORAL, ETNOGRAFÍA Y MEMORIA

«Al hablar de la memoria es casi un tópico aludir al hecho de que una precondition para su pleno ejercicio es el olvido de parte de lo acaecido: se diría que, a diferencia de la memoria característica de los cerebros electrónicos, la memoria voluntaria de los seres humanos, al recordar siempre destruye, siempre tiene que ver con el gesto, consciente o inconsciente, de poner aparte, de organizar. Como decía Nietzsche, «... es absolutamente imposible vivir sin olvidar... el sentido no histórico y el histórico son igualmente necesarios». Pero cuando nos referimos (...) a la memoria histórica del pasado de las mujeres, habrá que adelantar que difícilmente se puede olvidar lo que apenas ha sido recibido o transmitido» (Birulés, 1995: 9).

No está de más insistir, aunque pueda parecer un lugar común, en la importancia que los estudios feministas han tenido en las últimas décadas para desvelar el carácter sumamente parcial, sexista, clasista y autoritario de una parte significativa de la producción científico-social a lo largo de la historia. En las últimas décadas, además, han hecho mella en el quehacer académico movimientos sociales que han denunciado el silenciamiento sistemático al que las ciencias sociales han sometido a diferentes «minorías» que, junto a las mujeres, constituyen la inmensa mayoría de la sociedad: obreros, campesinos, indígenas, marginados, homosexuales, víctimas de guerras y holocaustos, jóvenes, ancianos y niños y grupos o movimientos sociales alternativos.

Como toda la literatura feminista no nos deja de recordar, la producción intelectual de las ciencias sociales ha servido para caracterizar a las sociedades desde el punto de vista casi exclusivo de los varones adultos, especial-

mente de aquellos pertenecientes a las élites políticas, económicas o culturales. Se trata de un camino de ida y vuelta, ya que los miembros de la academia misma han respondido históricamente a ese perfil básico de persona, en consonancia con lo que Okely (1992: 7) ha denominado la «tradición del Gran Hombre Blanco». La construcción de la memoria, junto a las formas de afirmación de la identidad individual, así como las manifestaciones del «yo», reflejadas en las autobiografías y en otros tipos de documentos personales, nos muestran una pluralidad de voces y de sensibilidades en la interpretación de la realidad social que contrasta vivamente con un «canon» literario e ideológico que ha sido hegemónico hasta hace bien poco. La voz de los sin voz, por usar la expresión de Thompson (1989), esto es, de las personas subalternas por criterios de raza, religión, sexo o clase, generan un enorme enriquecimiento, tanto en el trabajo histórico como en el etnográfico, así como en el de otras ciencias sociales, sirviendo a la vez de impugnación de los modelos autoritarios y unidireccionales de interpretación social.

El uso de fuentes orales y narrativas biográficas entre los sectores populares o subalternos con fines de reconstrucción histórica, según Ferreira, no sólo permite la revalorización de unos sujetos sociales postergados y desvalorizados, sino que, además, «puede permitir el surgimiento de nuevas alternativas a dilemas sociales por medio del rescate de la participación de agentes hasta entonces excluidos de los relatos históricos» (Ferreira, 1999: 53). Indudablemente, si consideramos el campo de la historia social, los grandes recelos con los que el positivismo histórico evalúa el campo de la historia oral provienen no solamente de objeciones de carácter metodológico, como es el tema de la mayor o menor precisión y falta de exactitud de los testimonios orales para la reconstrucción histórica, sino esencialmente por el desafío que representa para la autoridad del historiador y para el canon establecido en la investigación histórica, basado en el análisis de fuentes escritas. Además, es indudable que el auge y desarrollo de la historia oral y de otras modalidades que podemos denominar «método biográfico» o, como prefiere Plummer (1989), «método humanístico», proviene de campos no académicos, próximos al activismo social, tal como destaca Dunaway, para referirse a los usos de la historia oral en Estados Unidos entre los miembros de la segunda generación de historiadores orales:

«A lo largo de la década de los setenta, muchos compiladores de historia oral utilizaron sus investigaciones para documentar y promover la cohesión comunitaria y la diversidad étnica. Durante este período, la historia oral adquirió reputación y un creciente respaldo de base, impulsada por los esfuerzos de educadores, feministas y activistas, así como por diversas campañas de elaboración de una historia local, étnica y regional. Mientras los compiladores de la primera generación continuaban dirigiendo muchos de los principales archivos [de historia oral], el gru-

po más joven de educadores sociales comenzó a aporrear casi sus puertas exigiendo una ampliación del ámbito de las compilaciones más allá de las llamadas entrevistas de élite» (Dunaway, 1995: 28).

Tanto en el campo de la historia como en el de la antropología, la recopilación de *narraciones biográficas* no desempeña un papel de mero instrumento heurístico, para rellenar los huecos obtenidos mediante la documentación escrita o el trabajo de campo etnográfico. Si para el historiador social, el documento oral permite un acercamiento a la vida cotidiana de los «sujetos corrientes», para el antropólogo el material biográfico ayuda a ahuyentar el fantasma de la tipificación de los sujetos como representativos o característicos de un orden sociocultural determinado, mediante la introducción de los sesgos subjetivos y personales, que permiten evidenciar las diferentes posiciones, sensibilidades y experiencias individuales. La irrupción de la historia oral en el campo de la historia, o de lo que denominamos método biográfico dentro de la antropología, la sociología o la psicología social, no supone simplemente la adopción de una nueva fuente, sino la aparición de un nuevo objeto y de toda una visión y una problemática innovadora (Joutard, 1996: 162).

Uno de los rasgos más innovadores de la aproximación biográfica en las ciencias sociales y humanas, incluyendo la historia, junto a la crítica de fondo a los enfoques positivistas, consiste en la ruptura de las fronteras disciplinares en su búsqueda de nuevos paradigmas (Collin, 1995; Dunaway, 1995; Joutard, 1996; Niethammer, 1989). Esta confluencia transdisciplinar otorga a la antropología un papel central, como reconocen en los últimos años varios historiadores orales:

«Antes que nada, la historia oral interviene en la ciencia histórica sobre la base de empezar a estimar el carácter y la praxis histórica de la masa de sujetos (abreviando: el pueblo). Esto la alinea con otros esfuerzos por una historia social cualitativa, influenciada por las ciencias humanas, especialmente por la antropología, y que se muestra cada vez más como potencial crítico frente a los llamados paradigmas, es decir, los intentos de dominio de la completa organización del saber histórico» (Niethammer, 1989: 13).

En el caso de la antropología social, que ha servido como modelo para los historiadores orales, el uso del método biográfico, a través de las historias de vida o autobiografías, está acreditada no tan sólo entre los antropólogos norteamericanos clásicos (desde Radin a Mintz), como recurso para la obtención de narrativas en lengua indígena, por su interés lingüístico intrínseco y por el gran poder testimonial de este tipo de documento, sino que también, contemporáneamente, las autobiografías reaparecen en el horizonte de los antropólo-

gos como una opción metodológica al servicio del reflexivismo y del distanciamiento autorial del antropólogo-escritor, que escruta y analiza *a posteriori* los sesgos, atajos, prejuicios, complicidades y estrategias de su trayectoria como etnógrafo en el seno de la comunidad o del grupo en el momento de la presentación al lector de sus hallazgos etnográficos.

Un caso especialmente claro del esfuerzo por explicitar su propia «trayectoria etnográfica» es el libro de Paul Rabinow sobre Marruecos (Rabinow, 1992). El autor quiere combatir el presupuesto implícito de la antropología «modernista», según el cual «la experiencia de campo resulta perfectamente separable de la corriente principal de la teoría antropológica, es decir que la tarea investigadora es esencialmente discontinua de sus propios resultados» (Rabinow, 1992: 26). Esta realidad indiscutible resulta paradójica en una disciplina que desde los tiempos de Malinowski ha otorgado a la experiencia del trabajo de campo una carta de naturaleza profesionalizadora. ¿Cómo es posible, entonces, que, tras la vuelta del trabajo de campo, se valoren en el etnógrafo ya iniciado, no sus experiencias, sino exclusivamente los datos objetivos obtenidos? La respuesta a esta cuestión la hallamos en el mismo texto de Rabinow:

«A riesgo de quebrar los tabúes del clan, yo sostengo que toda actividad cultural es experimental, que el trabajo de campo es un tipo específico de actividad cultural, y que es precisamente esta actividad la que define la disciplina. Pero lo que consecuentemente debería ser la fuerza misma de la antropología —su actividad experimental, reflexiva y crítica— se ha eliminado como área válida de investigación en aras de la adhesión a una visión positiva de la ciencia, que encuentro radicalmente improcedente en una disciplina que pretende estudiar la humanidad» (Rabinow, 1992: 26).

Esta eliminación de la dimensión experiencial del trabajo de campo en aras de una visión positivista es considerada por Kirsten Hastrup a partir de la idea de que la verdadera experiencia etnográfica no es la de la «otredad no mediatizada», sino la experiencia de la conexión entre el «nosotros» y el «otros»:

«Nuestros resultados vienen profundamente marcados por esta conectividad (*betweenness*) y no hay manera, epistemológicamente, de superar sus implicaciones. El etnógrafo en el campo es el locus de un drama que es el origen de su reflexión antropológica. Eliminar la naturaleza experiencial del trabajo de campo supone mantenerse anclado en una visión radicalmente inapropiada de la práctica antropológica con la que todos nos hemos familiarizado en la era modernista» (Hastrup, 1992: 117).

Estos posicionamientos críticos del positivismo parecen conducir necesariamente a una idea de itinerario etnográfico, como el marcado por Rabinow en su libro, donde se muestra al lector de manera explícita un doble sujeto y una relación recíproca: la del etnógrafo y la de «un otro individual o colectivo», que interactúan e intentan comunicarse, atravesando las fronteras de dos identidades culturalmente mediatizadas e históricamente encarriladas que, además, se ubican «en un mundo en continuo cambio» (Rabinow, 1992: 26). Esta relación intersubjetiva, entendida como diálogo entre muchos autores, opera a dos niveles, como encuentro entre personas como representativas de diferentes culturas y como interacción entre sujetos específicos (Okely, 1992: 14). Siguiendo el planteamiento del libro de Sanjek sobre el uso y las modalidades de las *notas de campo* (Sanjek, 1990), ¿qué parte de esa experiencia etnográfica intersubjetiva se refleja en las notas de campo y, más allá, qué parte de esas notas de campo se refleja en las etnografías, como textos elaborados por y para antropólogos? ¿Pueden separarse los «datos» y los «descubrimientos» obtenidos sobre el terreno de las condiciones en que se produjeron esos datos?

Si la comprensión y posterior interpretación de cualquier práctica social requiere de su ubicación en el contexto social más general, el lector de etnografías precisa que el sujeto-etnógrafo aporte el máximo de evidencias sobre las condiciones y características de obtención, ya no sólo de la información o el dato, sino de las ideas interpretativas del etnógrafo asociadas a la información seleccionada como pertinente (sobre el terreno y, posteriormente, convirtiendo las notas de campo en texto etnográfico), que necesariamente supone la exclusión de otras informaciones posibles. Más que estudiar individuos o grupos sociales, lo que los antropólogos solemos hacer es *estudiar a través de ellos determinados problemas*, teóricamente dirigidos, a través de una abigarrada experiencia de campo, cuyas claves, fracasos, encuentros y desencuentros con las personas (a menudo reducidas a la categoría de «simples informantes») escamoteamos a la consideración de nuestros lectores. ¿Qué hay de *rumor* y qué hay de *testimonio directo* en los hechos narrados por las personas, que más tarde reflejamos en nuestros diarios de campo y luego transcribimos selectivamente en los textos etnográficos publicados? (Tonkin, 1992: 86).

Recurrir al uso del *método biográfico* en su doble dimensión de recopilación de *historias de vida* de algunos miembros característicos de un grupo social y de *autobiografías* de las trayectorias de los etnógrafos, consideramos que constituye una clave metodológica digna de ser tenida en cuenta, tanto para mejorar el establecimiento de la validez y la fiabilidad de nuestras informaciones, como para servir de herramienta didáctica para los lectores de etnografías. Además, claro está, del valor testimonial y del interés humanístico intrínsecos de tal tipo de documentos. Pero como puede comprobarse (Pujadas,

1994: 44-47), el uso del método biográfico, a pesar de su vinculación predominante con los enfoques humanísticos, interpretacionistas y fenomenológicos, tiene su espacio propio de desarrollo para estudios de enfoque positivista, como el llevado a cabo por Balán en los años 60 sobre movilidad social y ocupacional en Monterrey (Balán, 1967, 1974).

En el presente artículo se va a tratar solamente el método biográfico en su sentido objetivista, esto es, como recurso para la obtención de relatos biográficos en el contexto de una experiencia de campo. Dejamos para otro momento el segundo enfoque citado.

## MÉTODO BIOGRÁFICO Y ETNOGRAFÍA: UN VIEJO BINOMIO

El uso de la *autobiografía* como estrategia de aproximación a la *alteridad cultural* es más antiguo que la propia antropología como disciplina científica (Pujadas, 1992: 15-19). Se trata, sobre todo, de la aportación de los pioneros de la etnografía norteamericana que, ya en la etapa final de las *guerras indias*, se aproximaron con una visión exotizante —más en consonancia con el reportaje periodístico (la profesión de la mayoría de ellos) que con la búsqueda de la contextualización que persigue el etnógrafo— a las figuras más prominentes de esas culturas *salvajes* con las que EE.UU. había estado en guerra por más de un siglo. El éxito comercial de tales empresas fue extraordinario, lo que explica en buena medida la relevancia social de los estudios indígenas, que llevaría a algunos editores como Dodd, Mead y Cía. a la creación de colecciones como la de los *Famous American Indians*. También la prestigiosa Smithsonian Institution colaboró en esta línea editorial mediante la publicación de la recopilación de Stanley (1852) de su *Portraits of North American Indians*. En la misma línea recopilatoria de Stanley, cabe destacar las aportaciones de Thatcher (1832), McKenney y Hall (1933) y Drake (1880), obras todas ellas que alcanzaron muchas ediciones hasta bien entrado el siglo xx. A finales de siglo O'Beirne (1891) publica un *Who's who* de los indígenas norteamericanos.

Junto a esta producción de matriz eminentemente periodística, basada en la yuxtaposición de breves semblanzas biográficas con el retrato o fotografía de cada uno de los líderes indios glosados, el siglo xix norteamericano nos ofrece una producción bibliográfica de orientación más estrictamente etnográfica en donde se producen las primeras autobiografías indígenas en profundidad, como la de Ellis (1861) sobre los *ottawa*, de Grinnell (1889, 1892) sobre los *pawnee* y los *blackfoot*, de Welch (1841) sobre los *seminole*, entre otras muchas. Mención aparte merecen tres obras que son consideradas las mejores de esta inmensa bibliografía y que se corresponden con las biografías

de tres personajes indios: el *sauk* Black Hawk (Drake, 1854), el *nez perce* Joseph (Howard, 1881) y el joven *sioux* estudiado por Eastman (1902). Para ampliar la información sobre estos trabajos de la etapa preprofesional de la etnografía norteamericana, véanse las extensas bibliografías sobre el tema en las obras de Kluckhohn (1945) y Langness (1965).

Tanto Kluckhohn como Langness destacan el papel vertebrador de la *Escuela de Cultura y Personalidad* en el desarrollo del método biográfico en la antropología norteamericana. No nos olvidemos de la influencia que los avances en el campo del psicoanálisis y de la psicología social, que utilizan como instrumento metodológico básico las *historias clínicas*, tienen sobre este enfoque antropológico a lo largo de los años 30 y 40 especialmente. Sin embargo, otra tradición que se suma a la anterior, y que explica una buena parte de la atención norteamericana hacia las narraciones biográficas, es la de la *Antropología Lingüística* que, desde la época de Boas y Sapir, pone un énfasis especial en la recopilación de «textos etnográficos orales»: narrativas, cuentos, historias o mitos. Resulta curioso que, a mediados de siglo, en la época de lo que Harris denomina *restauración nomotética*, autores como Steward, Whyte o Mintz sigan cultivando también este género etnográfico. Algunos de los hitos más importantes en la recopilación de autobiografías en la antropología norteamericana serían éstos: Dyk (1938), Ford (1941), Harrington (1933), Kroeber (1908), Lewis (1969, 1971, 1975), Michelson (1925, 1932, 1933); Mintz (1979), Opler (1938, 1941), Parsons (1921, 1922), Radin (1920, 1926), Redfield y Villa Rojas (1933), Sapir (1921), Sapir y Hoijer (1942), Sapir y Swadesh (1939), Simmons (1942), Steward (1934), White (1943), Wilson (1917, 1924, 1928). Para un comentario sobre el valor y contenido de estas obras citadas, se puede consultar mi libro (Pujadas, 1992: 15-26).

En comparación con esta tradición norteamericana, la antropología europea muestra un escaso interés en la producción de textos biográficos o autobiográficos hasta época muy reciente, con excepción de la etnografía rusa de principios de la primera mitad de siglo. Kluckhohn y Langness se hacen eco de esta tradición lamentándose de la falta de traducción al inglés de estos documentos. Mención especial merece a este respecto la tradición polaca, directamente vinculada desde finales de los años 20 con la obra de Florian Znaniecki, etnógrafo polaco que, junto a William Thomas, publicó entre 1918 y 1920 los volúmenes de la obra tal vez más influyente de la Escuela de Chicago, *The Polish Peasant in Europe and America*. Solamente se empezó a tomar contacto con esta tradición en los medios académicos de lenguas latinas o inglesa desde hace veinte años, aproximadamente, cuando Jan Szczepanski (1978, 1981) publicó una serie de artículos sobre la historia del papel jugado por el género autobiográfico en las ciencias sociales polacas. Un papel especialmente relevante en el ámbito de la sociología rural, a través de tres gene-



raciones lideradas por Znaniecki, Chalasinski y el propio Szczepanski. Poco más que reseñar en la etnografía europea, salvo la obra singular de Elsie Thurwald (1937), discípula de Schmidt, sobre los *sudsee*, donde se incluyen dieciséis *esbozos biográficos*.

A partir de los años 50, con el declive del enfoque psicológico en la antropología norteamericana, el panorama autobiográfico queda prácticamente arrinconado, con la excepción destacada de Oscar Lewis, cuyas obras son bien conocidas en España, gracias a las traducciones en castellano publicadas en México. También constituye una excepción la obra de Sidney Mintz, *Taso*, la autobiografía de un cortador de caña dominicano, quien había desempeñado un papel importante como informante en el trabajo realizado por Mintz a finales de los años 40 e inicios de los 50, bajo la dirección de Julian Steward. El auge del método biográfico, que se experimenta en los últimos veinte años con el desarrollo de las corrientes humanísticas en historia y sociología, deja a la antropología en un segundo plano, tanto en América como en Europa. No se trata tanto de que no se utilicen técnicas de campo que incluyen las entrevistas en profundidad orientadas a la recopilación de información biográfica, como que el uso de esos materiales no está orientado casi nunca a la edición de *historias de vida* y los relatos recopilados quedan reducidos a meros datos que, a lo sumo, sirven a la hora de buscar ilustraciones o ejemplos dentro del texto interpretativo del antropólogo. Kluckhohn hace casi 60 años ya se hacía eco de este olvido:

«Realmente, los antropólogos han utilizado los documentos personales mucho más que los economistas y probablemente más que los sociólogos. La dificultad es que, excepto en la forma de historias de vida, estos documentos expresivos raramente han visto la luz más allá de las libretas de campo» (Kluckhohn, 1942: 79).

## EL MÉTODO BIOGRÁFICO: MODALIDADES Y TÉCNICAS

A lo largo del tiempo los autores de diferentes disciplinas y escuelas han ido proponiendo diferentes términos para referirse a los diferentes aspectos y modalidades del género biográfico, sin ofrecernos siempre definiciones precisas. Por ello existe hoy en día toda una terminología redundante y, a veces, polisémica que puede dificultar la comprensión por parte del lector de a qué nos estamos refiriendo en cada caso. Los términos más frecuentemente utilizados en este campo son *biografía*, *autobiografía*, *historia de vida*, *historia personal*, *narración biográfica*, *relato biográfico*, *fuentes orales*, *documentos personales* y *fuentes orales*.

*Biografía* es, sin duda, el más genérico y polisémico de los términos aquí citados. Tenemos que distinguir «lo biográfico» como el dominio general de cualquier trabajo humanístico o científico-social orientado al establecimiento de trayectorias personales, sea en base a fuentes orales o escritas. Sin embargo, «las biografías» constituyen un género histórico-literario específico en el que un investigador «reconstruye» una trayectoria individual sobre la base de documentación preferentemente escrita y con el auxilio eventual de fuentes orales en el caso que se trate de la biografía de una persona contemporánea. Normalmente el género biográfico se orienta hacia personajes históricos relevantes y públicos por su aportación en los campos de la política, la ciencia o el arte, entre otros. A lo largo de este siglo, con la explosión del consumo cultural y mediático se ha ido consolidando una galería de mitos culturales surgidos esencialmente del campo del deporte y del arte (música y cine, sobre todo) que han servido de base para la publicación de biografías, a menudo polémicas, al servicio de la consolidación mediática de esos mismos mitos. Algunos políticos, financieros e intelectuales tampoco son ajenos a este nuevo subgénero que algunos denominan «biografías comerciales».

*Autobiografía*, como hemos comprobado ya, es el término favorito utilizado por la mayoría de antropólogos que han combinado etnografía y recopilación de trayectorias personales. El término, al margen de su convencionalidad, no deja de ser un poco equívoco, ya que sugiere la idea de que es el propio informante del etnógrafo quien, con sus propios medios y a partir de su propia iniciativa, ha construido la narración denominada autobiografía. La realidad, sin embargo, es muy distinta. La mayoría de las autobiografías publicadas por antropólogos corresponden a personajes pertenecientes a culturas ágrafas, quienes han relatado los pasajes de su vida al etnógrafo a lo largo de muchas sesiones a requerimiento de éste y normalmente en su propia lengua. El etnógrafo, no sólo es el transcriptor de los relatos, sino el traductor al inglés (o a la lengua occidental correspondiente), sea directamente o a través de un intérprete. El texto literal, por otro lado, es reordenado para darle un hilo narrativo uniforme y, además, es completado para evitar hiatos informativos, lo que lleva a nuevas sesiones de entrevista con el informante. El origen del término *autobiografía* sería indudablemente para marcar distancias respecto al de *biografía*, en el sentido de que las fuentes escritas y la distancia del investigador respecto a su objeto de estudio biográfico son sustituidas aquí por la relación estrecha del etnógrafo con un sujeto con quien éste adquiere un compromiso de respetar su oralidad y estilo. A pesar de la «literalidad» más o menos grande de este tipo de narrativas es evidente que el término *auto-* resulta excesivo y equívoco, pues la labor de mediación y de control de la versión final por parte del etnógrafo es casi absoluta.

Existe, sin embargo, otra modalidad de *autobiografía*, usada más frecuentemente por los sociólogos. Consiste en el encargo a un informante de la redacción de su *historia de vida*, a partir de unas instrucciones escuetas y claras y a cambio, normalmente, del pago en efectivo de una cierta cantidad de dinero. Tal fue el sistema utilizado por Thomas y Znaniecki (1958) para conseguir la autobiografía de Wladek, el campesino polaco residente en Chicago, que constituye el documento más valioso de todos los que se incluyen en su libro. También es el caso de la autobiografía de J.S., publicada por J.F. Marsal, el sociólogo catalán, que se inspira en los autores anteriores para encargar a su informante, emigrante a la Argentina retornado a Cataluña a inicios de los años 60 (Marsal, 1972: 11). El autor, más allá de su labor de editor, nos explica con explicitud la relación mantenida con el sujeto de la investigación: la entrevista de orientación biográfica, basada en preguntas «abiertas», la entrevista posterior para convencerle de la posibilidad de escribir la autobiografía y la relación epistolar mantenida a lo largo de los dos años que J.S. empleó en la redacción de su narración. Las «normas» a las que debía ajustarse el sujeto para escribir son tildadas por el sociólogo de «simples e ingenuas»:

«(1) Garantía de su anónimo; (2) Integridad del relato, que debía incluir toda la vida del interesado; (3) Carácter personal del relato, es decir, no acceso al mismo, ni participación en su confección, de otras personas; (4) Veracidad sin preocupaciones literarias. Por último ofrecía un precio de 2.000 a 3.000 pesetas, según la extensión del trabajo, que sería abonado a medida que fuesen llegando a mis manos las entregas. Cualquiera que sea la estimación que el sofisticado lector pueda hacer de la simplicidad e ingenuidad de estas instrucciones, lo cierto es que consiguieron su objetivo. J.S. las entendió y cumplió hasta donde pudo consciente y concienzudamente y reiteró su fidelidad a ellas en toda su correspondencia conmigo» (Marsal, 1972: 13-14).

Con el término *documentos personales* se describe cualquier tipo de registro no motivado o incentivado por el investigador durante el desarrollo de su investigación y que posea, sobre todo, un valor afectivo o simbólico para el sujeto analizado, junto a la función de detonante del proceso de rememoración de los acontecimientos pasados. El sociólogo británico Ken Plummer los presenta de esta manera:

«El mundo está abarrotado de *documentos personales*. La gente lleva diarios, envía cartas, hace fotos, escribe informes, relata biografías, garabatea pintadas, publica sus memorias, escribe cartas a los periódicos, deja notas de suicidio, escribe frases en las tumbas, filma películas,

dibuja cuadros, hace música e intenta consignar sus sueños personales. Todas estas expresiones de la vida personal son lanzadas al mundo a millones, y pueden ser de interés para cualquiera que se preocupe de buscarlas (Plummer, 1989: 15).

Esta enumeración caótica, pero muy ilustrativa, que nos ofrece Plummer enfatiza el sentido que, como mínimo desde la época de Thomas y Znaniecki, posee el universo documental que ha de acompañar el trabajo de recopilación de narrativas biográficas, esto es, la búsqueda de contrastación y de contextualización de la memoria expresada oralmente por un sujeto a iniciativa del investigador social. Pensemos, por ejemplo, en el inmenso poder evocador que poseen las *fotografías* y la utilidad que tiene poder consultar los álbumes de fotos con el informante durante las sesiones de entrevista, como forma de situar al propio sujeto en el contexto de los acontecimientos que nos está narrando y de dar entrada a recuerdos adormecidos u olvidados. Actualmente, junto a las fotografías encontramos otras formas de registro icónico audiovisual (películas y vídeo) que complementan o substituyen a las fotografías.

Algo parecido ocurre con los *diarios personales*, aún cuando el propio investigador no tenga acceso directo a ellos. La relectura de los mismos sirve para que el sujeto pueda confrontar las imágenes difuminadas, idealizadas e «interpretadas» del presente con las visiones y sentimientos contemporáneos a los hechos que se están narrando. Un tercer tipo fundamental de documento personal son las *colecciones epistolares*. La correspondencia ha jugado siempre un papel esencial en el trabajo de los biógrafos y es también muy útil para el antropólogo poder acceder a este material, como medio para evaluar las imágenes que sobre el sujeto estudiado se desprenden de las cartas. También puede ser útil para establecer contactos con informantes secundarios que nos ayuden a construir un perfil más «coral» de la trayectoria biográfica que estamos estudiando, como ocurre con la técnica de los relatos múltiples de los que hablaremos más adelante.

La *historia oral*, como ya se señaló anteriormente, consiste en el trabajo histórico que, sin excluir los documentos escritos como base de evidencia, pone un énfasis especial en el uso de testimonios orales o, como los historiadores orales lo denominan, *fuentes orales*. Por suerte existe en España una extraordinaria revista de alcance internacional basada en este enfoque historiográfico: *Historia y Fuente Oral*, aparecida en 1989 con periodicidad semestral y que a partir del nº 15 (1996) ha pasado a denominarse *Historia, Antropología y Fuentes Orales*. Con un repaso a los 22 volúmenes aparecidos hasta ahora de esta colección uno puede realizar una introducción excelente a este dominio de los estudios históricos que conecta directamente con los enfoques e intereses diacrónicos o históricos de los antropólogos.

Finalmente, en esta presentación de los géneros y enfoques que se agrupan bajo esta denominación genérica de *método biográfico*, le llega el turno a aquella aproximación que está hoy en día más estandarizada y que guarda una mayor consonancia con la metodología etnográfica: los relatos biográficos y las historias de vida. Por *relato biográfico* (*récit de vie* o *life story*) entendemos el registro literal de las sesiones de entrevista que el etnógrafo realiza con el sujeto entrevistado. Para que el investigador pueda poseer el control sobre el mismo proceso de entrevista es muy importante crear archivos paralelos a los del relato biográfico «literal», esto es, archivos ordenados por criterio cronológico y temático, como sugieren Poirier et alii (1983: 101-106) o, incluso, elaborando un registro de las personas citadas. Esta sistematización del material narrativo permite vislumbrar los «vacíos de la memoria».

La etapa de entrevista tiene sus reglas precisas de procedimiento que pueden consultarse *in extenso* en la obra de Poirier et alii, ya citada o, de forma más sintética, en Pujadas (1992, 1999). De todos modos, hay que señalar que hay tres elementos esenciales de estrategia en las entrevistas de orientación biográfica: (1) Se trata de entrevistas en profundidad abiertas (esto es, no directivas) en las que la labor del entrevistador consiste básicamente en estimular al informante para que siga el hilo de su narración, procurando no interrumpirle y manteniendo la atención para orientarle en los momentos de lapsus de memoria. (2) Esta labor de orientación se debe apoyar en el uso de cuantos documentos personales (cartas, fotografías, diarios personales) estén a mano durante la entrevista; por ello es tan importante que el lugar elegido para este intercambio sea el domicilio de la persona. (3) Para apoyar la narración del informante y, a la vez, para garantizar la máxima exhaustividad posible del relato, es imprescindible que el investigador tenga transcritas las entrevistas anteriores y sistematizadas en los cuatro archivos que hemos sugerido: literal, temático, cronológico y por personas. Solamente llevando al día estos registros es posible tomar conciencia de los posibles lapsus y huecos informativos que se han abierto en la narración. Volver sobre temas ya relatados en sesiones anteriores constituye una buena forma de empezar una nueva sesión de entrevista y, a la vez, estimula al entrevistado, que ve el interés del investigador y que comprueba cómo su trabajo va adquiriendo forma por escrito.

Es muy importante siempre que todos los documentos etnográficos y, especialmente las transcripciones de entrevistas, sigan el criterio de literalidad estilística. Sin llegar al extremo de pretender realizar una transcripción fonética, sí que podemos producir transcripciones que reflejen perfectamente el estilo personal de cada informante. Sin embargo, es muy frecuente que éste quede sorprendido y que no se identifique con ese estilo: expresiones como «yo no hablo así», «¿esto dije yo?» o «yo no hablo tan mal» son constantes cuan-

do le entregamos al informante la transcripción de alguna de las primeras sesiones. Es usual que, tras la primera sorpresa, el mismo informante tome la iniciativa de pedirnos que «revisemos» y «corrijamos» la transcripción. La persona biografiada, como coautora del proceso de investigación, tiene derecho a su propia imagen, esto es, a la imagen que quiere dar públicamente. Por ello, dada la importancia de la literalidad, o bien tendremos que hacer una doble transcripción (una para él y otra para nosotros), lo que es muy enojoso y lento, o bien podremos recurrir al sistema de pasarle al sujeto entrevistado una copia de la cinta, cosa que prefiere la mayoría de personas, especialmente las de edad avanzada, manteniendo la transcripción en su plena literalidad a efectos de documento etnográfico sin finalidad de difusión.

En función del diseño de la investigación que estemos llevando a cabo, el uso de los relatos de vida recogidos puede servir como mera base de datos etnográficos que, por su profundidad diacrónica, son muy recomendables en investigaciones sobre migraciones (Pascual y Cardelús, 1989), sobre procesos de cambio social (Comas d'Argemir y Pujadas, 1997), en el análisis de trayectorias de género (Comas d'Argemir et alii, 1990), por poner tan solo algunos ejemplos. Este uso de los relatos biográficos, una vez garantizada la confidencialidad de la información obtenida a los entrevistados —que se garantiza mediante una codificación, un cambio sistemático de los nombres reales o mediante el uso de iniciales— no conlleva mayor problema, ya que su destino principal será el de servir como base de citas literales en los ulteriores informes y publicaciones. La problemática de la «edición» de los relatos se plantea cuando lo que pretendemos es publicar una *historia de vida*.

La *historia de vida* (*histoire de vie* o *life history*) constituye el texto final que llega a las manos del lector. Como se acaba de señalar, es el resultado de un proceso de edición en el que la iniciativa y el trabajo corresponden al investigador, pero en el que el sujeto biografiado tiene derechos de coautoría y, por tanto, puede introducir criterios en cuanto a estilo y en cuanto a la información que se publica, que el investigador tiene que tener en cuenta y respetar. Todo el proceso de «manipulación» que supone la edición de una historia de vida no tiene por qué hacer perder validez a los resultados, siempre que se hagan constar explícitamente y con precisión, en la introducción del trabajo, los criterios utilizados. La edición de una historia de vida, elaborada a partir de relatos biográficos y del uso de otros documentos personales, supone básicamente: (1) Ordenar la información cronológica y temáticamente, (2) Recortar las digresiones y reiteraciones, (3) Ajustar el estilo oral del informante lo mínimo posible para que sea aceptable por éste, (4) Introducir notas a lo largo del texto que contextualicen y/o remitan a otras partes del texto, (5) Introducir, eventualmente, el testimonio de aquellas personas del universo familiar o social del informante que nos puedan permitir calibrar y dar perspectiva

a la narración principal, (6) Realizar una introducción metodológica donde debemos explicitar todas las circunstancias del proceso de elaboración de la historia de vida, desde el primer contacto con el informante hasta la finalización del texto, (7) Es tan recomendable, como poco frecuente, que el investigador realice, al final del texto, una interpretación del significado de la historia de vida editada en el contexto de los objetivos temáticos y de la perspectiva teórica que han guiado la investigación.

Existen varias modalidades de historias de vida: las de *relato único* y las de *relatos múltiples*. Entre las segundas se puede distinguir entre las de *relatos cruzados* y las de *relatos paralelos*. Como ya se ha señalado, las *historias de vida de relato único* son poco frecuentes. En primer lugar, es muy difícil encontrar un buen informante, esto es, que sea un buen narrador —alguien con capacidad expresiva, con un discurso ameno y comprensible y sin demasiados lapsus de memoria y que, por otro lado, no sea un fabulador que mezcle en su memoria fantasía con realidad. De la calidad del informante seleccionado dependerá que el relato sea lo más completo posible, sincero, genuino y crítico. En segundo lugar, hay un requisito fundamental, que el informante quiera y pueda dedicarnos todo el tiempo que comporta componer entera una historia de vida, sometiéndose a las numerosas sesiones de las que irá surgiendo el relato biográfico en que se basará el texto final o historia de vida. Esta segunda premisa, la disponibilidad del informante y su constancia, no depende solamente de él sino de las circunstancias etnográficas generales que definen la relación intersubjetiva entre éste y el investigador —éste ha de tener la capacidad de convicción y ha de ganarse la confianza y el deseo de colaboración del sujeto, que puede desconfiar del uso que pueda hacerse de un material tan privado. En tercer lugar, la elección del informante biográfico requiere de la adecuación del perfil de la persona, como estudio de caso, al tipo de testimonio que se adapte a los objetivos de nuestra investigación. El testimonio que andamos buscando ha de cumplir de alguna manera el requisito de ser «representativo» de todo el grupo social que hemos estudiado, a pesar de los rasgos de irreductible especificidad que cualquier estudio de caso muestra.

El grado de información relevante y de significatividad en un determinado dominio de estudio que nos proporciona un estudio de caso biográfico depende, en buena medida, de la «distancia» entre la posición del investigador y la especificidad de la historia de vida elaborada. Watson (1976), por ejemplo, plantea cómo la historia de vida de una mujer *guajira*, sin ser típico o representativo de las trayectorias de la mayoría de las mujeres guajiras, le proporcionó un material ingente para conocer los sistemas de valores y las reglas sociales del grupo estudiado. La concatenación de las diferentes secuencias de su trayectoria personal remitía a la toma de decisiones que esta mujer había

de adoptar en una posición a contracorriente de las convenciones sociales —ruptura de la relación con su esposo, que la maltrataba, e intento de refugiarse en casa de sus padres, quienes la presionaban para que volviera con el marido, a lo que ésta se niega, lo que supone el repudio por parte de su propio padre.

La capacidad evocativa de esta narración biográfica nos sumerge, no sólo en las circunstancias particulares de la trayectoria individual misma, sino que nos familiariza con los sistemas de normas de una sociedad y nos ayuda a comprender los límites que la sociedad impone al libre albedrío. Al intentar hacer frente a los constreñimientos sociales esta mujer se coloca al margen de la sociedad. Precisamente su ubicación liminal al sistema la sitúa en una posición ideal para encarar la narración biográfica con un inusual sentido crítico hacia sí misma y hacia su entorno social. Ello aporta a Watson un sinnúmero de elementos analíticos para enriquecer su comprensión del grupo estudiado y para formular nuevas hipótesis.

Un segundo ejemplo de historia de vida de relato único nos lo proporciona Joan Frigolé (1998). Se trata de la historia de vida de Juan, un pequeño aparcerero murciano, nacido en 1901, que ejerció también de jornalero rural y de obrero. El etnógrafo presenta en una extensa introducción (Frigolé, 1998: 13-52) todos los criterios utilizados para la fijación del texto biográfico que nos ofrece y, a la vez, elabora una extensa contextualización etnográfica, que permite al lector situarse dentro del marco de las especificidades sociales, económicas y morales de la vida campesina del pueblo de la Vega Alta del Segura (Murcia) donde se desarrolla la vida del sujeto narrador. En este caso se cumplen todos los criterios de explicitud metodológica a los que se aludía más arriba. Comprobemos cómo resuelve el autor la cuestión de la fijación de los criterios estilísticos del texto:

«El estilo refleja en gran parte la expresividad del protagonista, pero ha sido sometido a la depuración de algunas repeticiones innecesarias, de incongruencias y frases incompletas resultado de olvidos, interrupciones e, incluso también, de problemas técnicos de la grabación, para adaptarlo a la forma escrita y hacerlo más fluido y claro para el lector. He respetado el lenguaje y la forma de expresión porque es el vehículo de un pensamiento y de una identidad personal y de clase que, de lo contrario, perdería autenticidad. En algunos casos he retocado el material transcrito con el objetivo de que en ningún momento se preste a confusión. Los añadidos son muy escasos; sólo partículas o palabras más o menos sobreentendidas, pero necesarias para conectar palabras u oraciones, que he puesto entre paréntesis. Suelen servir para aclarar el texto, por ejemplo, si hacía falta hacer más explícito el sujeto de una oración» (Frigolé, 1998: 22).



Junto a la introducción, se incluye un exhaustivo sistema de notas que acompaña al texto. Entre las notas y llamadas distribuidas a lo largo del texto (más de 200), se incluye desde el establecimiento de la correspondencia en castellano común de términos dialectales como *chiche*, *pleita* o *parva* (Frigolé, 1998: 98-99) hasta la contrastación y contextualización de la narración por medio de la transcripción de múltiples observaciones del diario de campo, de diferentes actas municipales, de textos de historiadores y antropólogos que analizan el marco histórico de la España de la primera mitad del siglo XX u otras realidades etnográficas comparables, de documentos familiares o de fragmentos de entrevistas realizadas a otros informantes.

El universo de Juan, el narrador de la historia de vida, queda así suficientemente enmarcado, incluidos los silencios y los motivos para la reserva y la ocultación de información en la etapa inmediatamente previa a la transición política de España. En el contexto local del informante en 1973 «la sociedad y el universo mental de la gente estaba casi siempre poblado de confidentes o chivatos de la Guardia Civil, de informes y de antecedentes políticos que tenían repercusión negativa para sus vidas y aspiraciones» (Frigolé, 1998: 19). El conflicto de clases local, muy bien establecido en la narración y debidamente enmarcado a través del aparato crítico del editor, posee una brillante ilustración literaria, cuando Juan establece los paralelismos entre su propia situación (frente al abogado y al propietario de la tierra que Juan trabajaba, que le amenazaban con desahuciarle) y la descrita por Blasco Ibáñez en *La Barraca*. La manipulación que el narrador realiza de la trama de la obra para reforzar su línea argumentativa frente a sus antagonistas permite al editor de la historia de vida realizar un comentario sobre la intertextualidad entre la realidad y la ficción que representa una oportunidad para profundizar en el perfil psicológico e intelectual de su interlocutor:

«La presentación que el protagonista hace de *La Barraca* (1898) es muy interesante. No pretende hacer un resumen objetivo de la obra sino adaptar el argumento a su propia situación. Utiliza la referencia a la obra para reforzar su postura y amenazar a los otros. El argumento literario adquiere una dimensión claramente política. Los cambios no pueden atribuirse sólo a un problema de memoria, porque su memoria no le falla en lo referente al nombre de los personajes, sino que se entienden mejor si se parte de la base de que la situación en la que está inmerso le ofrece de forma inconsciente un modelo para la reestructuración de la obra que, a su vez, él toma como modelo (Frigolé, 1998: 395).

Junto a estos dos ejemplos, presentados *in extenso*, hay que destacar otras muchas *historias de vida de relato único*. Romaní (1983) publicó la trayecto-

ria vital de *El Botas*, que nos introduce al universo de las drogas, de la pequeña delincuencia y los ambientes marginales, partiendo de la situación social de la Barcelona de posguerra. La obra nos ofrece una breve introducción que da paso a una narración, transcrita de forma realista y respetando los giros y expresividad del narrador. Hasta la publicación de la obra de Frigolé (1998), esta obra de Romaní (1983) era la única historia de vida de relato único, propiamente dicha, que se había publicado entre los antropólogos sociales españoles. Solamente puede consignarse el trabajo de Jiménez (1977) que, a pesar de sus indudables valores expresivos, no cumple con los requisitos metodológicos comúnmente aceptados dentro de la disciplina. Resulta muy significativo del escaso interés otorgado en los programas formativos antropológicos en España el hecho de que, junto a la escasa producción autóctona en este campo, no hayan sido traducidas algunas de las principales obras del género, ya citadas más arriba.

A caballo entre las historias de vida de relato único y las de relatos múltiples se encuentra el interesante trabajo de Gamella (1990), donde se insiste en el tema de las trayectorias de droga y delincuencia. Tras una breve introducción, que sirve al autor para contextualizar el entorno social del sujeto y las relaciones previas entre ambos, Gamella nos ofrece la trayectoria de Julián, un heroinómano originario de Madrid, estructurada en tres partes y diecisiete capítulos. Si bien se trata, en lo fundamental, de la transcripción de la narración en primera persona del protagonista, la mayoría de los capítulos incluyen testimonios de familiares, amigos y conocidos de Julián, que dan su propia versión de los hechos establecidos en la narración principal. Si Frigolé (1998) utilizaba el sistema de citas para contextualizar y dar perspectiva al relato biográfico (mediante referencias a documentos, estudios, diario de campo y entrevistas secundarias), Gamella compone una textualidad polifónica, dando entrada a un coro de voces secundarias que acompañan al solista, acercándose formalmente a la técnica de los relatos cruzados, de los que se tratará inmediatamente.

## IDENTIDAD, INTERTEXTUALIDAD Y MEMORIA: HISTORIAS DE VIDA DE RELATOS MÚLTIPLES

Las *historias de vida de relatos múltiples* son aquellas obras de concepción coral, en la que voces distintas permiten «desprenderse de la ilusión de autonomía que cada sujeto intenta, mal que bien, mantener, y que la narración biográfica tiende a acentuar y a comunicar al lector. Se produce un efecto de distanciamiento: cada vida es relativizada y puesta en perspectiva por las otras» (Lejeune, 1980: 309, cit. por Poirier *et alii*, 1983: 135). Lejeune propo-

ne para esta técnica la denominación de *relatos de vida cruzados*, que puede describirse de esta manera:

«Se trata de una mirada múltiple centrada en un solo objeto, que consistirá normalmente en una formación social de dimensiones demográficas pequeñas (en general una aldea, pero donde caben otros muchos objetivos: una secta, una cofradía, un barrio urbano, una asociación, etc.)» (Poirier *et alii*, 1983: 135).

Algunos de los más importantes trabajos en historias de vida pertenecen a esta modalidad de *relatos cruzados*. Lewis (1971, 1975) nos ofrece dos historias familiares corales, una centrada en la figura de Jesús Sánchez y sus cuatro hijos, residentes todos ellos en Ciudad de México, la otra nos presenta a los diferentes miembros de una familia pobre puertorriqueña, cuyos miembros residen en San Juan y Nueva York. Otro clásico del método biográfico, el chicaguense Clifford Shaw (1938), elabora una historia familiar a partir de las narraciones biográficas de los cinco hermanos Martin, delincuentes del Chicago de los años 20. June Nash (1974) elabora una biografía familiar a tres voces, con los testimonios de Juan Rojas, minero boliviano de Oruro, su esposa María y su hijo Filomeno. En las narraciones son visibles los reflejos y el impacto de los grandes movimientos sociales en la Bolivia de los años 50 y 60. En el caso de la bibliografía española existe un trabajo modélico en esta modalidad, el de Botey (1981), donde se presentan 54 relatos personales sobre la experiencia migratoria y las circunstancias de adaptación a un barrio periférico de la ciudad de Hospitalet, en el Área Metropolitana de Barcelona.

Frente a esta identificación entre la técnica de los relatos múltiples y los relatos cruzados, puede proponerse un segundo tipo de trayectorias sociales colectivas, obtenidas mediante lo que puede denominarse *relatos de vida paralelos* (Pujadas, 1992: 52-55). Este tipo de procedimiento utiliza las narraciones biográficas cuando el objeto de estudio consiste en unidades socio-demográficas muy amplias, que pueden ir desde el estudio de la juventud campesina polaca (Chalasiniski, 1938), o el de las mujeres catalanas de clases populares (Comas d'Argemir *et alii*, 1990), hasta el estudio de los artesanos panaderos del área de París (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1980, 1981), o las experiencias de ex-heroinómanos recluidos en diferentes centros penitenciarios (Funes y Romaní, 1985), entre otros ejemplos que nos ofrece la literatura etnográfica desde la época de Stanley (1852) y sus *Portraits of North American Indians* (Pujadas, 1992: 52).

La diferencia tipológica entre la técnica de los relatos de vida paralelos y cruzados parece residir, por lo que se ha dicho, solamente en el carácter más o menos amplio de la unidad social que se constituye como objeto de estudio. Ésta, sin embargo, no es la única diferencia. Las memorias y narraciones so-

bre el holocausto nazi, por ejemplo, relatadas por muchos de los supervivientes de los campos de exterminio, que corresponden a personas de diferentes edades, clases y nacionalidades pueden concebirse, de hecho lo son, *relatos de vida cruzados*, ya que las narraciones se orientan y confluyen en una experiencia leída desde la pertenencia a una comunidad, más cercana en su configuración a lo que Epstein (1978: 101) denominó *identidad terminal* (entendida como la instancia que incorpora e integra diferencias de estatus, de rol y otras identidades menores, junto a una poderosa carga afectiva de pertenencia), que al sugerente concepto de *comunidad imaginada* formulado por Anderson (1991).

Epstein (1978: 97-99) en su fundamentación del concepto de *identidad terminal* utiliza como ejemplo el estudio realizado por Lifton (1967) sobre los *hibakusha*, los japoneses supervivientes de la explosión de la bomba atómica lanzada por los norteamericanos en Hiroshima al final de la II Guerra Mundial. A lo largo del medio siglo transcurrido, las diferencias de edad, residencia, clase social o ideología no han significado una barrera para el desarrollo de una identidad poderosa y vinculante que, a la vez que compensaba el sentimiento de estigmatización social que padecían estos *hibakusha*, les permitía organizarse como movimiento nacional en Japón para luchar por la mejora de las atenciones médicas que requerían y por una mayor protección social. Esta identidad, surgida a partir de una apocalíptica experiencia que marcaría sus vidas en adelante, se fundamenta en la asunción de una «interpretación compartida» (*shared understanding*), como lo denominó Barth, que es fruto de una conciencia colectiva de culpa, a pesar de tratarse de las víctimas del suceso, y de compartir un estilo de vida similar, que es denominado por muchos de ellos como la de los «muertos en vida».

En el caso de los supervivientes del holocausto, igual que sucede con los *hibakusha*, existe un fuerte sentimiento de pertenencia, marcado por la experiencia traumática compartida y señalado por un antes y un después determinante en sus trayectorias personales. La tragedia de sus vidas no solamente está encauzada por ese corte cronológico, sino por una interpretación compartida de los hechos, que adopta metafóricamente la forma de un *hipertexto* del que surgen narraciones personales que se alinean y dan detalles de unas vivencias de las que todos, con pequeñas variantes, se sienten copartícipes, aportando elementos de intertextualidad. En esa hipertextualidad a la que se ha aludido resulta indudable que algunos *documentos personales*, como el diario de Ana Frank (1989), ocupan un lugar preferente, como primer eslabón de una larga e intrincada cadena de documentos, biografías y autobiografías que poseen una direccionalidad determinada a la que se supedita cualquier testimonio nuevo, cuyo sentido de los hechos particulares y personales se halla inscrito en ese mismo tesoro autorreferencial.

Alessandro Portelli (1989) nos proporciona un esclarecedor análisis sobre los mecanismos de estructuración de la memoria individual y colectiva y sobre la manera como ésta se convierte en *discurso compartido*. Su análisis parte de la revisión de un caso de lo que podría denominarse mistificación de un hecho histórico a través de la memoria colectiva:

«Luigi Trastulli, un joven obrero de veintiún años de la acería de Terni, murió a manos de un miembro de la brigada especial de la policía el 17 de marzo mientras los obreros salían de la fábrica a las 10,30 de la mañana para participar en una manifestación contra la OTAN. La salida de los obreros, el enfrentamiento con la policía, la muerte de Trastulli, son elementos de un acontecimiento que no duró más de media hora. Sin embargo, a partir de ese momento, un acontecimiento de brevísima duración no ha cesado de actuar sobre la memoria colectiva» (Portelli, 1989: 5).

Portelli contrasta la documentación policial y judicial, la prensa y otros documentos de la época para establecer un hecho acaecido en 1949 en el contexto de las movilizaciones por la paz y contra la OTAN. También usa fuentes orales y se da cuenta de cómo un número importante de testimonios, entre dirigentes sindicales y antiguos activistas obreros, sin conexión directa entre ellos, tiende a trasladar el hecho concreto de la muerte del joven obrero Trastulli a otro contexto cronológico, las movilizaciones obreras contra los despidos que se produjeron en el período 1952-53, como relata el testigo presencial de los hechos, Amerigo Mateucci:

«Bien, el hecho de Trastulli... Yo me encontraba en Terni por motivos políticos. El problema de Terni eran los famosos despidos. También allí se habló de efectuar despidos para reestructurar las fábricas, y se empezó a hablar a la gente de 200 despidos, después 2.000. Los obreros empezaron a alarmarse [...]. Prácticamente, cuando se ha hablado de esta gran huelga, se ha hablado de huelga general, ¿te acuerdas, no? Y Terni vivió horas dramáticas. Los comerciantes bajaron las puertas aún sin haber sido llamados a la lucha. Porque no es que los obreros obligaran a cerrar a los comerciantes, éstos hacían el siguiente razonamiento: 2.700 despidos, ¿de qué vamos a vivir?, ¿qué vamos a comer? En fin, hubo este resentimiento y lo cerraron todo. Cuando estos obreros salieron de la fábrica, lo hicieron en grupo porque las furgonetas de la policía se encontraban fuera. Hoy esto ya no pasa así. Pero la calle Brin todavía la tenemos presente: en la puerta Valnerina había un grupo de furgonetas, los polis con las porras en la mano y si tú caminabas por tu cuenta por la acera te podían arrear un porrazo rompiéndote la oreja y después preguntarte qué hacías en la calle [...]. Se produjo un tiroteo, mientras este desgraciado muchacho estaba escapando, 21 años, y sega-

do por una ráfaga de ametralladora que también segó el muro. Y suerte que sólo él intentaba saltar el muro, ya que dado que las puertas estaban bloqueadas por la policía, y ésta disparó, podían haber muerto 20 o 30 personas. No sé lo que habría podido ocurrir» (Portelli, 1989: 17-18).

Indudablemente, el testimonio de este dirigente sindical, como el de tantos otros recogidos por Portelli, ubica la muerte de Trastulli en un momento diferente y en un contexto socio-político también diferente, lo que modifica substancialmente el significado y el sentido de la muerte del joven obrero. La memoria colectiva, en este sentido, no sirve para la reconstrucción fiel y objetiva de los hechos, pero sí sirve para descubrir el significado social que para el movimiento obrero tuvo aquel suceso en el marco de las luchas continuadas que tuvieron lugar durante un largo período de posguerra.

La manipulación operada en los acontecimientos dentro de la narración tiene como finalidad simbólica principal la de otorgar sentido a una muerte, la primera de la posguerra en Terni, situándola cronológicamente y contextualmente en el marco, no de una desafortunada y casual manifestación anti-OTAN desarrollada en un momento de escasa movilización obrera, sino en el marco de la etapa álgida de la lucha contra los despidos. Se busca con este cambio una sincronización entre el tiempo personal del acontecimiento y la periodificación colectiva. La muerte de Trastulli adquiere así una función de marca, de punto de partida de la movilización. Además, según Portelli (1989: 28), cumple también una función psicológica, «para contrarrestar el sentido de humillación y de pérdida de estima provocados por la falta de reacción tras la muerte de un compañero». Con ese nuevo encaje contextual la muerte de Trastulli adquiere sentido pleno y la respuesta colectiva frente a los despidos cumple la función de venganza frente a la muerte del compañero, rompiendo el hiato histórico que separa un momento histórico del otro.

Más que hablar de la imprecisión de las fuentes orales, atribuibles al deterioro del recuerdo, lo que constatamos es la autonomía con la que la memoria sigue su propio curso, desprendiéndose de los referentes factuales, para modificar y redefinir el recuerdo del acontecimiento concreto. En este sentido, Portelli (1989: 29) reivindica la memoria, y no el acontecimiento en sí, como el hecho histórico relevante. Lo que nos aportan las fuentes orales en general, y las historias de vida en particular, es esencialmente una interpretación, una lectura de un proceso personal y/o social. Una lectura que tiene, sin duda, una buena dosis de teleología, de autojustificación o de búsqueda de sentido a la concatenación, más o menos circunstancial e imprevisible, entre las diferentes etapas de una existencia individual o colectiva.

Las *historias de vida de relatos múltiples* nos ofrecen también grados más o menos grandes de intertextualidad entre las narraciones de los sujetos. El

grado de autonomía de cada relato estará en función de las características del sujeto entrevistado y también, sin duda, de los objetivos de la investigación que utiliza las narraciones biográficas. En relación a las características del sujeto, es indudable que existen trayectorias individuales con acontecimientos muy marcados que tienden a polarizar la narración en términos de un antes y un después, como es el caso de las víctimas del holocausto, de los *hibakusha* o, también en muchos casos, algunas trayectorias migratorias, determinadas experiencias con las drogas, la muerte de un familiar próximo. No existe, claro está, una unidad de medida que nos permita establecer *a priori* qué sucesos o circunstancias marcan o no una divisoria en la trayectoria que la memoria individual y colectiva establece para organizar los relatos biográficos. Es el individuo, con su subjetividad, quien selecciona unas vivencias, silencia otras y quien, en definitiva, organiza el discurso. Sin embargo, la autonomía del relato individual es limitada, pues viene condicionada por unos moldes culturales, que organizan tanto las estructuras narrativas como los contenidos y los valores que se vehiculan a través del relato (Pujadas, 1994).

Cuanto más homogénea sea la muestra de informantes seleccionada con la finalidad de recopilar sus narraciones biográficas, más grande será la intertextualidad y más explícito será el hipertexto del que cada narración es una variante. Esta homogeneidad puede hallarse sin demasiados problemas, si la unidad de análisis es una pequeña comunidad rural y todos los informantes seleccionados son vecinos y se conocen entre ellos. Puede también hallarse entre individuos que, perteneciendo a lugares, sectores sociales o a edades diferentes tengan algún rasgo común muy marcado en sus trayectorias personales, como en los casos ya citados de las víctimas del holocausto nazi o de la bomba atómica en Japón. Tanto una vecindad como un estigma social compartidos son la base sobre la que se organiza un sentimiento de comunidad, organizado en torno a ese criterio de *identidad terminal* que proponía Epstein (1978).

El criterio que yo propongo para establecer la diferencia entre las historias de vida de *relatos cruzados* frente a las de *relatos paralelos* consiste, precisamente, en la existencia o no de ese sentimiento de comunidad entre los narradores. Esta variable está en relación directa con el grado de intertextualidad, con la direccionalidad y con el sentido último del relato. Por ejemplo, en el caso de los estudios sobre procesos migratorios en Cataluña, es muy claramente observable el elevado grado de homogeneidad que encontramos entre las narraciones biográficas de aragoneses y andaluces, los dos principales grupos inmigrados. Su presencia masiva, su fuerte asociacionismo, así como su conciencia de grupos diferenciados, ha generado, no sólo algunos conflictos y reivindicaciones, sino un discurso bastante homogéneo, lleno de imágenes, símbolos y actitudes, que coincide con la idea de hipertexto, ya expuesta. Por

el contrario, el análisis de las narraciones biográficas de inmigrantes de otras procedencias españolas no posee esos moldes preestablecidos y muestra un grado de autonomía narrativa mucho más grande, de carácter idiosincrásico. Las narraciones de los primeros están llenas de *interpretaciones compartidas*, mientras que las de los segundos no lo están.

## OBJETIVISMO VS. SUBJETIVISMO: UN DEBATE QUE SIGUE ABIERTO

Como hemos visto, tanto desde la perspectiva de la historia oral como desde la del método biográfico (tal como se entiende y se aplica en antropología y sociología), resulta de sumo interés operar con esa doble dimensión de las trayectorias individuales y sociales: la reconstrucción más o menos objetiva de unos hechos y, paralelamente, el análisis de los discursos que organizan socialmente la memoria de los mismos, en sus confluencias y discrepancias con las narrativas individuales. En función del diseño de cada investigación se tenderá a poner el énfasis más en el estudio de la memoria o en el de la reconstrucción de unos hechos. No hay nada en las técnicas propias del método biográfico que excluya una opción u otra, o la combinación de ambas. Más allá de esta doble perspectiva analítica, la publicación de los resultados de una investigación podrá recurrir, bien a la publicación de una historia de vida de relato único, bien a la de una historia de vida coral, o bien someter a las fuentes orales o narraciones biográficas a un uso exclusivo como ilustraciones o citas dentro de un texto académico que adopte otras vías analíticas, normalmente de tipo objetivista.

En esta forma de procedimiento no parece haber, epistemológicamente, nada que dé margen al posicionamiento un poco fuera de tono de Bourdieu (1989: 27), para quien «la historia de vida es una de esas nociones de sentido común que han entrado de contrabando en el discurso académico». Para el sociólogo francés, tanto los sujetos como los «biógrafos» son cómplices de la mistificación que supone atribuirle un sentido de la existencia al relato biográfico:

«El relato, sea biográfico o autobiográfico, como el del testimonio que se confía a un investigador, propone acontecimientos que, sin desarrollarse todos y siempre en estricta sucesión cronológica (cualquiera que ha recogido historias de vida sabe que los testimonios pierden constantemente el hilo de la sucesión estrictamente cronológica), tienden a pretenden organizarse en secuencias ordenadas según relaciones inteligibles. El sujeto y el objeto de la biografía (el investigador y el testimonio) tienen de algún modo el mismo interés por aceptar el postulado del



sentido de la existencia contada (e, implícitamente, de toda existencia). Tenemos, sin duda, el derecho de suponer que el relato autobiográfico se inspira siempre, al menos en parte, en el deseo de dar sentido, dar razón, extraer una lógica a la vez retrospectiva y prospectiva, una consistencia y una constancia, estableciendo relaciones inteligibles, como las del efecto a la causa eficiente o final, entre los estados sucesivos, constituidos de este modo en etapas de un desarrollo necesario» (Bourdieu, 1989: 28).

No hay duda, ya lo hemos señalado antes, que la memoria, cuando se vuelve relato, en forma de testimonios sobre acontecimientos (como en el caso de los sindicalistas rememorando la muerte de Trastulli) o en forma de narración biográfica, busca dar coherencia, sentido y direccionalidad a la concatenación de los hechos seleccionados. Es también cierto, como subraya Bourdieu (1989: 31-32), que cualquier trayectoria individual está llena de discontinuidades, que raramente son identificadas y reconocidas por los sujetos en sus narraciones. Por tanto, desde una perspectiva crítica del subjetivismo, *inevitablemente*, toda trayectoria individual o social será leída e interpretada desde lo que el individuo ha llegado a ser, de lo que es cuando narra su historia. A este posicionamiento es al que Yves Clot ha denominado *ilusión objetivista*:

«Esta otra ilusión puede ser asimilada [...] a la de los niños delante de sus abuelos cuando se imaginan que estos últimos han sido siempre lo que son, que no fueron nunca otra cosa que lo que han llegado a ser. Todas las historias parecen caer por su propio peso a poco que se conozca su fin: como si nunca hubieran podido, incluso sin saberlo el sujeto, desarrollarse de otro modo, conducir hacia otros destinos, hacia otras personas. En realidad, la vida siempre tiene varias longitudes de avance; querer verla en su última fase como objetivamente ajustada a una posición, adaptada a una situación, queda como un ideal un poco cientifista» (Clot, 1989: 37).

Las reticencias del sociólogo francés, que son abundantemente compartidas todavía por muchos científicos sociales, suelen centrarse en la crítica al concepto de *trayectoria personal*. ¿Qué hay detrás de la trayectoria?, se pregunta Bourdieu (1989: 30). Un nombre propio, una identidad oficial, una asignación rígida y arbitraria de identidad que sirve, a lo sumo, para asignar al individuo su estado civil. La relación entre el *designans* y el *designata* es compleja, mientras el primero (el nombre propio) es un referente constante y rígido, el segundo (las características de la persona) es una realidad en mutación constante. La sospecha de Bourdieu es que sobre el carácter mutable de la personalidad y de la posición social de cada persona, la biografía introduce el sesgo de querer imponer una visión totalizadora y coherente, muy cercana a

los procedimientos policiales o judiciales que tratan a la persona como una realidad fija e inmanente. Según Bourdieu (1989: 31):

«Intentar comprender una vida como una serie única y suficiente en sí misma de acontecimientos sucesivos sin otro nexo que la asociación a un «sujeto» cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre, es por lo menos tan absurdo como intentar dar razón de un trayecto en el metro sin tomar en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones» (Bourdieu, 1989: 31).

La comprensión de una trayectoria personal, que es el foco en el que Bourdieu centra su crítica, solamente sería posible si tomamos en cuenta esa *matriz de relaciones objetivas*, esto es, las relaciones del sujeto biografiado con el conjunto de los demás «agentes comprometidos en el mismo campo y enfrentados al mismo espacio de posibilidades». Es decir, lo que se está reclamando es contrastación y contextualización de la narración biográfica: una reconstrucción de los hechos que son interpretados por el sujeto. Esa reclamación de objetivismo, que cada uno puede valorar de acuerdo con sus convicciones y posicionamientos metodológicos, tiene sin embargo una respuesta contundente en el seno de las prácticas del método biográfico, tal como se ha presentado aquí:

(1) A través del aparato crítico y la presentación de evidencias documentales, testimonios complementarios o anotaciones del diario de campo, como en el caso de la historia de vida de relato único elaborada por Frigolé (1998).

(2) A través de la técnica utilizada por Gamella (1990), en que se intercalan testimonios de familiares y amigos del sujeto biografiado correspondientes a cada etapa de su trayectoria vital.

(3) A través de la técnica de relatos cruzados, como en el caso de Botey (1981), en que se confrontan las trayectorias de 54 inmigrantes residentes en la periferia de Barcelona, que forman parte de un mismo movimiento asociativo.

(4) A través de la técnica de los relatos paralelos, como en el estudio sobre las trayectorias de yonquis (Funes y Romaní, 1985) o del rol de las amas de casa catalanas (Comas d'Argemir *et alii*, 1990).

(5) A través, en fin, de la etnografía, que constituye el marco general de adquisición del conocimiento empírico por parte del antropólogo, en cuyo marco se desarrollan técnicas particulares, como las biográficas.

Pero, el método biográfico, más allá de poder responder a las exigencias de un cierto objetivismo, estén o no justificadas, lo que reclama es la misma subjetividad del sujeto como objeto principal, esencial, de estudio. En toda trayectoria personal o colectiva hallamos siempre dos componentes, uno pre-

visible y otro imprevisible. La dimensión previsible, como etnógrafos, es la que nos remite a las inscripciones y anclajes de la época y del contexto cultural en que se desarrolla toda trayectoria. La dimensión imprevisible, idiosincrásica, irreductible, es la que nos remite a las circunstancias específicas e irrepetibles de cada vida particular, como expresión de variabilidad humana. El énfasis del método biográfico y de las corrientes humanísticas, en general, consiste en no cercenar ni postergar esa instancia testimonial, única, expresiva de las historias de vida. Este posicionamiento no supone, como hemos comprobado, un atentado contra las reglas del método científico, pero sí se fundamenta en una crítica, tanto del positivismo, como del cientifismo. Sin embargo, como vemos, algunos consideran que colaboramos al contrabando de nociones de sentido común en el seno del discurso académico. Es una cuestión de opiniones.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, B. (1991): *Imagined Communities*, Londres, Verso.
- BALÁN, J. *et al.* (1967): *Movilidad social, migración y fecundidad en Monterrey metropolitano*, Monterrey, Universidad de Nuevo León.
- (1974): «El uso de historias vitales en encuestas y sus análisis mediante computadoras», seguido de un «Apéndice», en Balán, J.: *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 67-91.
- BERTAUX, D. y BERTAUX-WIAME, I. (1980): *Enquête sur la boulangerie artisanale en France*, París, CORDES, 2 vols.
- (1981): «Life Stories in Baker's Trade», en Bertaux, D.: *Biography and Society*, Londres, Sage.
- BIRULÉS, F. (1995): «Introducción», en Birulés, F. (Comp.): *El género de la memoria*, Pamplona, Pamiela, pp. 9-14.
- BOTEY, J. (1981): *Cinquanta-quatre relats d'immigració*, Barcelona, Serveis de Cultura Popular.
- BOURDIEU, P. (1989): «La ilusión biográfica», en *Historia y Fuente Oral*, n.º 2, pp. 27-33.
- CLOT, Y. (1989): «La otra ilusión biográfica», en *Historia y Fuente Oral*, n.º 2, pp. 35-39.
- COMAS D'ARGEMIR, D. *et al.* (1990): *Vides de dona*, Barcelona, Serveis de Cultura Popular y Editorial Alta Fulla.
- COMAS D'ARGEMIR, D. y PUJADAS, J. J. (1997): *Andorra, un país de frontera*, Barcelona, Govern d'Andorra y Editorial Alta Fulla.
- CHALASINSKI, J. (1938): *Młoda Pokolenie Chłopow (La joven generación campesina)*, Varsovia, Państwowy Instytut Kultury Wsi.
- DRAKE, B. (1854): *The Great Indian Chief of the West: or Life and Adventures of Black Hawks*, Cincinnati, Applegate and Co.

- DRAKE, S. G. (1880): *The Aboriginal Races of North America, Comprising Biographical Sketches of Eminent Individuals, and Historical Account of the Different Tribes*, Nueva York, Hurst & Co.
- DUNAWAY, D. (1995): «La historia oral en Estados Unidos», en *Historia y fuente oral*, n.º 14, pp. 27-38.
- DYK, W. (1938): *Son of Old Man Hat a Navaho Autobiography Recorded by Walter Dyk With an Introduction by Edward Sapir*, Nueva York, Harcourt Brace and Co.
- EASTMAN, CH. A. (1902): *Indian Boyhood*, Nueva York, McClure, Phillips & Co.
- ELLIS, E. S. (1861): *The Life of Pontiac, the Conspirator, Chief of the Ottawas*, Nueva York, Beadle & Co.
- EPSTEIN, A. L. (1978): *Ethos and Identity. Three Studies in Ethnicity*, Londres, Tavistock.
- FERREIRA, E. (1999): «Mujeres, memoria e identidad política», en *Historia, Antropología y Fuente Oral*, n.º 21, pp. 53-66.
- FORD, CH. (1941): *Smokes from Their Fires*, New Haven, Yale University Press.
- FRANK, A. (1989): *Diario*, Barcelona, Plaza & Janés Editores (ed. orig. 1951).
- FRIGOLÉ, J. (1998): *Un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores.
- FUNES, J. y ROMANÍ, O. (1985): *Dejar la heroína*, Madrid, Cruz Roja Española.
- GAMELLA, J. (1990): *La historia de Julián. Memorias de heroína y delincuencia*, Madrid, Editorial Popular.
- GRINNELL, G. B. (1889): *Pawnee Hero Stories and Folk Tales*, Nueva York, Forest and Stream Publishing Co.
- (1892): *Blackfoot Lodge Tales*, Nueva York, Charles Scribner's Sons.
- HARRINGTON, M. R. (1933): «The Life of a Lenape Boy», en *Pennsylvania Archaeologist*, n.º 3, pp. 3-8.
- HASTRUP, K. (1992): «Writing Ethnography. State of the Art», en Okely, J. y Callaway, H.: *Anthropology & Autobiography*, Londres, Routledge, pp. 116-133.
- HOWARD, O. O. (1881): *Nez Percé Joseph, an Account of his Ancestors, his Lands, his Confederates, his Enemies, his Murders, his War, his Pursuit and Capture*, Boston, Lee and Shepard.
- JIMÉNEZ, A. (1977): *Biografía de un campesino andaluz*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- JOUTARD, PH. (1996): «La historia oral», en *Historia, antropología y fuentes orales*, n.º 15, pp. 155-170.
- KLUCKHOHN, C. (1945): «The Personal Document in Anthropological Science», en Gottschalk, L. et al.: *The Use of Personal Documents in History, Anthropology and Sociology*, Nueva York, Social Science Research Council.
- KROEBER, A. L. (1908): «Ethnology of the Gros Ventre», en *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, vol. 1, n.º 4, pp. 196-222.
- LANGNESS, L. L. (1965): *The Life History in Anthropological Science*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- LEJEUNE, PH. (1980): *Je est un autre. L'autobiographie de la littérature aux médias*, París, Seuil.
- LEWIS, O. (1969): *Antropología de la pobreza*, México, F.C.E.
- (1971): *Los hijos de Sánchez*, México, Joaquín Mortiz.

- (1975): *La vida. Una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza: San Juan y Nueva York*, México, Joaquín Mortiz.
- LIFTON, R. J. (1967): *Death in Life. Survivors of Hiroshima*, Nueva York, Random House.
- MARSAL, J. F. (1972): *Hacer la América. Biografía de un emigrante*, Barcelona, Ariel.
- MCKENNEY, T. L. y HALL, J. (1933): *The Indian Tribes of North America, with Biographical Sketches and Anecdotes of the Principal Chiefs*, Edimburgo, John Grant [ed. orig. 1836].
- MICHELSON, T. (1925): «The Autobiography of a Fox Indian Woman», en *Bureau of American Ethnology Fortieth Annual Report*, Washington D.C., Smithsonian Institution, pp. 291-349.
- (1932): *The Narrative of a Southern Cheyenne Woman*, Washington D.C., Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 87, n.º 5.
- (1933): «Narrative of an Arapaho Woman», en *American Anthropologist*, n.º 35, pp. 595-610.
- MINTZ, S. (1979): *Taso. La vie d'un travailleur de la canne*, París, Maspero.
- NASH, J. (1974): «Paralelos revolucionarios en una historia de vida», en Balán, J. (Comp.): *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 193-213.
- O'BEIRNE, H. F. (1891): *Leaders and Leading Men of the Indian Territory with Interesting Biographical Sketches*, Chicago, American Publishers' Association.
- OKELY, J. (1992): «Anthropology and Autobiography. Participatory Experience and Embodied Knowledge», en Okely, J. y Callaway, H. (Comps.): *Anthropology & Autobiography*, Londres, Routledge, pp. 1-28.
- OPLER, M. (1938): «A Chiricahua Apache's Account of the Geronimo Campaign of 1886», en *New Mexico Historical Review*, n.º 13, pp. 360-386.
- (1921): *An Apache Life-Way*, Chicago, The University of Chicago Press, 1941.
- PARSONS, E. (1922): «A Narrative of the Ten'a of Anvik, Alaska», en *Anthropos*, n.º 16, pp. 51-71.
- (Comp.): *American Indian Life*, Nueva York, B. W. Huebsch.
- PASCUAL, A. y CARDELÚS, J. (1989): *Migració i història personal*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona.
- PLUMMER, K. (1989): *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI.
- POIRIER, J. et al. (1983): *Les récits de vie. Théorie et pratique*, Paris, PUF.
- PORTELLI, A. (1989): «Historia y memoria. La muerte de Luigi Trastulli», en *Historia y Fuente Oral*, n.º 1, pp. 5-32.
- PUJADAS, J. J. (1992): *El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- (1994): «Memoria colectiva y discontinuidad: La construcción social de las identidades culturales», en Sanmartín, R.: *Antropología sin fronteras: Ensayos en honor de Carmelo Lisón*, Madrid, C.I.S., pp. 617-633.
- (1999): «Trajectòries socials i històries de vida», en Pujadas, J.J. (Coord.): *Etnografía*, Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya, mod. 3.º, pp. 33-48.

- RABINOW, P. (1992): *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, Madrid, Júcar.
- RADIN, P. (1920): «The Autobiography of a Winnebago Indian», en *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, n.º 16, pp. 381-473.
- (1926): *Crashing Thunder. The Autobiography of an American Indian*, Nueva York, D. Appleton & Co.
- REDFIELD, R. y VILLA ROJAS, A. (1933): «A Village Leader. A Native Autobiography», en Redfield, R. y Villa Rojas, A.: *Chan Kom. A Maya Village*, Carnegie Institution of Washington, pub. n.º 448, pp. 212-230.
- ROMANÍ, O. (1983): *A tumba abierta. Autobiografía de un grifota*, Barcelona, Anagrama.
- ROSEMAN, M. (1998): «La memoria contra la verdad», en *Historia, Antropología y Fuente Oral*, n.º 20, pp. 33-44.
- SAID, E. (1989): «Representing the Colonized: Anthropology's Interlocutors», en *Critical Inquiry*, vol. 15 n.º 2, pp. 205-225.
- SANJEK, R. (1990): *Fieldnotes. The Makings of Anthropology*, Ithaca, Cornell University Press.
- SAPIR, E. (1921): «The Life of a Nootka Indian», en *Queens Quarterly*, n.º 28, pp. 232-243, 351-367.
- SAPIR, E. y HOJER, H. (1942): *Navaho Texts*, Iowa City, Linguistic Society of America.
- SAPIR, E. y SWADESH, M. (1939): *Nootka Texts. Tales and Ethnological Narratives*, William Dwight Whitney Linguistic Series, Philadelphia, Linguistic Society of America.
- SIMMONS, L. (1942): *Sun Chief. The Autobiography of a Hopi Indian*, New Haven, Yale University Press.
- STANLEY, J. M. (1852): *Portraits of North American Indians*, Washington D.C., Smithsonian Institution.
- STEWART, J. (1934): «Two Paiute Autobiographies», en *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, n.º 33, pp. 423-438.
- THATCHER, B. B. (1832): *Indian Biography or an Historical Account of Those Individuals Who Have Been Distinguished Among the North American Natives as Orators, Warriors, Statesmen and Other Remarkable Characters*, Nueva York, J. & J. Harper.
- THOMAS, W. y ZNANIECKI, F. (1958): *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, Dover Pub., 2 vols. (ed. orig. 1918-1920, 5 vols.).
- THOMPSON, P. (1989): *The Voice of the Past. Oral History*, Oxford, Oxford University Press.
- TONKIN, E. (1992): *Narrating our Past. The Social Construction of Oral History*, Cambridge, Nueva York, Melbourne, Cambridge University Press.
- WATSON, L. S. (1976): «Understanding a Life History as a Subjective Document: Hermeneutical and Phenomenological Perspectives», en *Ethos*, vol. 4, n.º 1, pp. 95-131.
- WELCH, A. (1976): *A Narrative of the Early Days and Remembrances of Ocoela Ninkanochee, Prince of Econchatti, a Young Seminole Indian, Son of Econchatti-Mico, King of the Red Hills, in Florida...*, Written by his Guardian, Londres, Hat-chard and Son 1976.
- WHITE, L. (1943): «Autobiography of an Acoma Indian», en *Bureau of American Ethnology Bulletin*, Smithsonian Institution, Washington D.C., n.º 136, pp. 326-337.

- WILSON, G. L. (1917): *Agriculture of the Hidatsa Indians. An Indian Interpretation*, University of Minnesota, Studies in the Social Sciences, n.º 9.
- 1924: «The Horse and Dog in Hidatsa Culture», en *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, vol. 15, n.º 2, pp. 125-311.
- (1928): «Hidatsa Eagle Trapping», en *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, vol. 30, n.º 4, pp. 99-246.

## RESUMEN

El resurgir del método biográfico y la aparición de la historia oral forman parte del auge que han experimentado en los últimos decenios los enfoques humanistas y antipositivistas. En este proceso no ha contribuido solamente la academia, sino que han tenido gran importancia las aportaciones de diferentes tipos de activismos sociales, como el feminismo, interesados en potenciar los testimonios vitales de sujetos sociales postergados y silenciados. La aportación innovadora del *método biográfico* reside esencialmente en el hecho de que no consiste solamente en el uso de un nuevo tipo de fuente, sino que aporta un nuevo objeto de estudio y una perspectiva epistemológica diferente en el ámbito de las ciencias sociales y humanas.

La utilidad del análisis de la trayectoria personal no se reduce exclusivamente a la recopilación de los testimonios de las personas dentro de su propio marco sociocultural, sino que es aplicable también al proyecto del reflexivismo etnográfico, pues permite ahondar en las trayectorias de los etnógrafos como mediadores interculturales. El artículo se hace eco solamente de este primer enfoque, pasando revista de toda la literatura precursora del moderno método biográfico en la historia de la etnografía occidental, desde las series periodísticas sobre los indios norteamericanos hasta el uso de las autobiografías en la etnografía de los autores clásicos norteamericanos, con algunas referencias a otras tradiciones nacionales.

Se hace una presentación escueta de las diferentes modalidades biográficas, como *biografías*, *autobiografías*, *documentos personales*, *historia oral*, para concentrar la atención en la modalidad más genuinamente antropológica, que son las *historias de vida*. Sobre esta modalidad se muestra la doble alternativa de los relatos individuales y los relatos múltiples, proporcionando algunas indicaciones prácticas relacionadas con la obtención de este tipo de relatos dentro de una investigación etnográfica. Finalmente se presentan, brevemente, algunas claves del debate sobre el valor de este tipo de documentos en los estudios de enfoque no humanista, que recelan de la dimensión subjetivista e, incluso, teleológica que contienen los relatos personales.

## ABSTRACT

The recovery of *biographical method* and the appearance of *oral history* are a part of the expansion of the humanist and antipositivist approaches who have taken place in the last decades. This process has been supported not only by the academy, but

have been of great importance the contribution of different types of social activists, as feminism, who are compromised with life testimonies of forgotten and silenced social subjects. The innovative contribution of *biographical method* is essentially based on the fact that consists not only in the use of a new type of source, but in a contribution who constitutes a new object of study and a different epistemological perspective in the field of social and human sciences.

The utility of life course analysis is not exclusively reduced to the compilation of people testimonies within their own sociocultural context. It is useful also to the ethnographic reflexivist project, because it allows to deepen in the ethnographer's course as intercultural mediator. This article deals only with the first point of view, reviewing the precursory literature of modern biographical method in the history of western ethnography, from journalist series about american indians to the use of autobiographies within the ethnography of classic american authors, with some references to other national traditions.

The article includes a concise presentation of different biographical ways, as *biographies*, *autobiographies*, *personal documents*, *oral history*, to pay specially attention to the most genuine anthropological modality, which are *life histories*. In relation to this modality it is shown the double alternative of personal and multiple stories, giving some practical suggestions in order to obtain this type of stories within an ethnographical research. Finally, are briefly discussed some keys about the debate around the value of this type of documents in the studies with a non humanist focus, that are suspicious with the subjectivist and, even, teleological dimension that are contained in life stories.